

Periodistas o comunicadores, el debate debe comenzar

Andrés Gauffin*

Resumen

La creación de las escuelas de periodismo y de las carreras de Comunicaciones Sociales ha estado acompañada del debate en torno a la supuesta oposición de periodismo de oficio y periodismo académico. Sin embargo, desde que Gabriel García Márquez se lamentó del nuevo nombre que se les empezaba a dar a los periodistas –comunicadores– un nuevo eje de discusión parece haberse planteado. Ya no se trata de dirimir si el periodismo es una profesión que se estudia o un oficio que se aprende en las redacciones, sino –en la instancia más polémica de este nuevo debate– de legitimar o deslegitimar un oficio, sea del periodista o del comunicador. ¿Qué valores políticos, qué concepciones sobre la información, qué ideas sobre la democracia se invocan en cada caso? A partir de una selección de citas de actores del ámbito universitario y del periodismo en general, se ha hecho una reflexión comparativa para llegar a la conclusión de que la construcción de estereotipos de uno y otro lado implica el supuesto, con uno y otro término, de concepciones muy disímiles sobre Estado, democracia e información. Objetivo de este trabajo es plantear que sólo reflexionando sobre esos supuestos, comunicadores y periodistas podrán dialogar de manera enriquecedora.

Palabras clave: Periodismo – Comunicación – Igualdad – Libertad – Información – Democracia

Abstract:

The creation of schools of journalism and careers of social communications has been accompanied by a debate about the supposed opposition between the professional journalism and the academic one. However, since Gabriel García Márquez expressed his regret about the new name that was starting to be given to journalists- communicators- a new line of discussion seems to have arisen. The question is not to resolve if journalism is a profession that is studied or a trade learned in the newsroom, but, in the most controversial instance of this new debate, to legitimize or delegitimize a trade, whether the journalist's or the communicator's one. What political values, what conception of information, what ideas about democracy are invoked in each case? From a selection of quotes of actors from the academic context and journalism in general, this paper has carried out a comparative reflection to conclude that the construction of stereotypes of both sides implies the assumption of very different conceptions of State, democracy and information. The purpose of this paper is to state that only reflecting on these assumptions, communicators and journalists will be able to dialogue in an enriching way.

Key-words: Journalism – Communication – Equality – Freedom – Information – Democracy

* Universidad Nacional de Salta.

Desde la creación de las primeras carreras de Comunicación Social en la Argentina, la supuesta oposición entre periodistas académicos y periodistas de oficio ha ocupado un considerable espacio en el debate reflejado en diarios, programas audiovisuales y revistas académicas. Profesores y periodistas —en especial gráficos— entablaron un diálogo en el que parecía prioritario resolver la cuestión de si el ámbito universitario podía aportar algo significativo a la formación de un profesional que, durante mucho tiempo, se hizo de oficio.

Tal vez haya sido el propio Gabriel García Márquez, o su influyente prestigio en los ámbitos periodísticos y académicos, quien dio marco a la discusión de los últimos años. Precisamente, su conferencia sobre “el mejor oficio del mundo”, pronunciada frente a la 52ª asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa, en 1996, se iniciaba contradiciendo una afirmación recogida del ámbito académico colombiano.¹

Se le había preguntado a una universidad colombiana cuáles son las pruebas de aptitud y vocación que se hacen a quienes desean estudiar periodismo y la respuesta había sido terminante: los periodistas no son artistas. García Márquez iniciaba su conferencia haciendo la afirmación contraria: el periodismo es, en última instancia, un género literario.

En otros términos, lo que García Márquez afirmaba frente a los propietarios de diarios de todos los países de América, es que al pretender formar periodistas, la Universidad está tan destinada al fracaso como si alguna vez pretendiera, de la nada, producir poetas y novelistas diplomados.

Luego de rememorar las tertulias que en sus primeros pasos en el periodismo hicieron las veces de cátedras ambulatorias y de advertir que las exigencias de la profesión siempre llevaron a la lectura como una adicción, García Márquez recuerda que los mejores periodistas habían sido autodidactas y no precisamente graduados académicos.

La creación posterior de las escuelas de periodismo fue una reacción escolástica contra el hecho cumplido de que el oficio carecía de respaldo académico. Ahora ya no son sólo para la prensa escrita sino para todos los medios inventados y por inventar. Pero en su expansión se llevaron de calle hasta el nombre humilde que tuvo el oficio desde sus orígenes en el siglo XV, y ahora no se llama periodismo sino Ciencias de la Comunicación o Comunicación Social.

La parábola que va desde el periodista de fines del siglo XIX y gran parte del XX hasta el comunicador del siglo XXI, dibuja allí el cambio de las condiciones en que se forma ese profesional: de las lecturas desveladas y las tertulias de la redacción, al estudio sistemático del ámbito académico.

El autor de *Cien Años de Soledad* describe sin vueltas los resultados de ambos métodos de formación de profesionales:

Uno creó periodistas capaces de escribir reportajes, “la reconstitución minuciosa y verídica del hecho”. Es decir, capaces de producir “la noticia completa, tal como sucedió en la realidad, para que el lector la conozca como si hubiera estado en el lugar de los hechos.”

1- http://www.periodistasunidos.com.ar/n.asp?id_categoria=17&id_noticia=3109

Otro llevó a las redacciones graduados “con deficiencias flagrantes... graves problemas de gramática y ortografía, y dificultades para una comprensión reflexiva de textos” y que al llegar a medios que priorizaron las innovaciones tecnológicas por sobre las aptitudes y la ética, terminaron sacralizando la primicia “a cualquier precio y por encima de todo”.

Las advertencias de García Márquez a los medios y a las universidades no dejan de tener vigencia, pero no deberían interpretarse para alimentar una figura tan ideal del periodista que no se acepte otra formación que la del autodidacta en las redacciones. Algo tan inconducente como pensar, en el otro extremo, que de ahora en más sólo deberían ejercer esa profesión quienes hayan estudiado en un ámbito académico cada una de las teorías semióticas.

Miguel Mendoza Padilla y Laura Pellegrino señalan el punto casi obligado al que debía llegar la discusión sobre el supuesto antagonismo entre periodista autodidacta y el académico.

Es necesario para poder informar y opinar tener conocimiento sobre los temas que abordamos, por eso la formación apunta a un periodista académico que pueda analizar la realidad desde distintas miradas y para eso necesita tener conocimiento de la misma.²

Antes habían advertido que la formación de los periodistas en la carrera de comunicación social apunta a un profesional formado con conocimientos de historia, política, economía, filosofía, antropología, psicología, sociología, etc.

Pero aceptado el hecho de que los libros –sea por la lectura apasionada a la que pueden llevar las redacciones, sea por la metódica que establecerán los profesores y sus programas de estudio– siempre posibilitarán un salto cualitativo en el trabajo periodístico, un nuevo eje de discusión comienza a vertebrar, aunque muchas veces no explícitamente, el diálogo entre los ámbitos académicos y periodísticos.

El mismo García Márquez lo había dejado ya expuesto cuando reseñaba, en tono de lamento, que lo que había nacido humildemente como periodismo ahora se llamaba Ciencias de la Comunicación. Que el premio Nobel de Literatura consignara allí el cambio no sólo obedecía a una actitud nostálgica hacia un término. Lo que estaba advirtiendo era, sin detenerse a analizarlo, que con el cambio de nombre, se estaba propiciando un cambio de concepción de quien antes se llamaba periodista y ahora comunicador.

Desde una mirada más académica, Juan Gargurevich señala que aquello de que “periodista se nace, no se hace” ya inspiraba buena parte de la discusión a propósito de las primeras escuelas de periodismo en Estados Unidos, impulsadas por Joseph Pulitzer. Pero agrega que pronto las universidades norteamericanas comprendieron que “debían ampliar la cobertura de los estudios relativos a la comunicación, teniendo en cuenta que eran los impulsores de las mass communication research”³, aunque conservaron su principal orientación al periodismo.

2- MENDOZA PADILLA, Miguel y Laura PELLEGRINO (2007): “Entre el oficio y la Academia: una conciliación necesaria”, en *Periodismo de calidad: debates y desafíos*, Foro de Periodismo Argentino, Buenos Aires, La Crujía Ediciones.

3- GARGUREVICH, Juan (1997): “Hacia nuevas maneras de enseñar y aprender el periodismo”, en *Periodistas: entre el protagonismo y el riesgo*, Alicia ENTEL (compiladora), Buenos Aires, Paidós.

En América Latina, en cambio, los estudios se volcaron hacia las “Ciencias en Comunicación”. Citando a Joaquín Sánchez y Mariluz Restrepo, Gargurevich señala que, en las universidades del continente, las metas técnicas debían subordinarse a una más integrada concepción del público en su desarrollo social, económico y político, “lo que llevaría a definir a la comunicación como una ciencia social”.

Varios años después de aquella conferencia de García Márquez y en otro país del continente, la disyuntiva periodistas o comunicadores se mezcló en una polémica pública tan apasionada como interesada. La propuesta de la UBA de creación de Observatorios de Medios, acogida con entusiasmo por el gobierno nacional, el debate sobre una nueva Ley de Radio Difusión, y en especial el conflicto en torno a las retenciones móviles sobre la exportación de granos impulsada por el gobierno nacional han sido ocasiones en las que “los medios” fueron puestos radicalmente en cuestión como instrumentos golpistas, o reivindicados como garantes de la democracia, según quién tomaba la voz en esos días de vértigo.

Docentes y directivos universitarios, funcionarios de distintos niveles de la administración nacional, militantes políticos, también propietarios de medios, periodistas y los mismos lectores de diarios, a la par que discutían sobre la justicia o injusticia de las retenciones, debían opinar simultáneamente sobre el rol que estaba cumpliendo en ese momento la prensa gráfica y televisiva, al calor de las denuncias que sistemáticamente hacía el gobierno nacional en contra de algunos medios.

En este remolino de discursos, declaraciones, documentos, cartas de lectores, cartas de intelectuales, carteles y consignas, circularon imágenes encontradas sobre la figura y el rol que el periodista cumple en diarios, radios o televisiones, pero también sobre el perfil que deberían cumplir los profesionales egresados de las carreras de comunicación de las universidades nacionales.

Valga reseñar aquí, sólo a modo de ejemplo, algunos considerandos de la resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA cuando a comienzos de abril repudió expresiones discriminatorias vertidas por medios de comunicación en medio del lock out patronal del campo contra las retenciones móviles sobre la exportación de productos agropecuarios.

Nada más comenzar, la resolución se pronuncia fundamentalmente por el derecho a la información y evita sutilmente otorgar el status de “derecho” a la libertad de expresión, cuyo ejercicio es reservado sólo para los propietarios de medios de comunicación y los periodistas, si bien se le atribuye el carácter de “garantía” del derecho a la información de toda la sociedad.

De la lectura de los considerandos se desprende una imagen muy concreta del “periodista”, a quien se ve trabajando en medios condicionados por la publicidad de empresas rurales y prácticamente imposibilitado de hacer oír su voz cuando no coincide con la línea editorial.

El último considerando es harto significativo para este artículo: “Que para nuestra Facultad, que alberga a la Carrera de Ciencias de la Comunicación, los medios de comunicación y la actividad de los periodistas profesionales constituyen dos de sus principales objetos de estudio”.

Esta idea de que las carreras de Comunicación Social estudian a los periodistas – ergo, no los forman–, no fue del todo advertida por el editorialista del diario *La Nación*, que el 22 de abril siguiente, al comentar la resolución de la UBA, se lamenta de que la “institución educativa consagrada a la tarea de formar a los futuros profesionales del

periodismo se haya sometido en este caso tan rígidamente a los deseos y a las instrucciones de un gobierno cuya tendencia al autoritarismo y a la intolerancia es sobradamente conocida”.

La columna también advirtió que los directivos del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA demostraron “un preocupante desconocimiento del respeto que debe inspirar a los órganos del Estado la misión del periodismo independiente en un país comprometido con la causa de la democracia y con el respaldo irrestricto a las libertades de pensamiento y de expresión”.

Pero la diferencia de concepciones no sólo resalta a nivel institucional. Durante un reciente debate en la Universidad Nacional de Salta, un profesor afirmaba que, mientras el periodismo remite a la *libertad* (privada, particular) de expresión y frecuentemente mercantiliza la información, la figura del comunicador conlleva la *obligación* de difundir la información como un bien público. Obviamente se inclinaba por la segunda alternativa. Pero pocos meses atrás una conocida periodista de radio, Magdalena Ruiz Guiñazú, opinaba en términos casi contrarios durante un debate organizado por el Foro de Periodismo Argentino: “Algunos nos llaman comunicadores y me molesta mucho, somos algo más que eso. Creo que comunicar lo que otros han investigado es un papel muy restringido para lo que es una vocación; en un diploma puede quedar mejor eso de comunicadores, pero no sé”.⁴

Está claro aquí que el debate que se plantea ya no es el de periodista de oficio vs. periodista con diploma, sino el de periodista vs. comunicador, a secas. Y que detrás del nombre no sólo hay ideas discordantes sobre el rol que se le asigna a cada uno, sino también sobre política, economía y sociedad. En otras palabras, quienes prefieren entenderse a sí mismos como periodistas lo hacen no sólo porque creen que su función es irreductible a la del comunicador –al que de alguna manera desprecian–, sino también porque comparten un sistema de ideas, de valores y de prácticas muy diferentes –a veces francamente contrarios– al que adoptan quienes explícita o implícitamente menosprecian la tarea periodística y prefieren llamarse “comunicadores”.

Este artículo quiere detenerse en esta idea, aventurar algunas hipótesis al respecto y remarcar la necesidad de que el diálogo hacia dentro del ámbito académico y el que pueda concretarse con medios privados de comunicación debe incluir en su agenda estos presupuestos ideológicos que, si no son puestos sobre la mesa de discusión, convertirán cualquier debate en un diálogo que sólo servirá para que sus protagonistas ratifiquen sus discursos previos.

En lo que sigue de este artículo, “comunicador” o “periodista” son términos que no designan comunicadores y periodistas de carne y hueso, sino dos concepciones muy presentes en todas sus discusiones. Tarea casi imposible y tal vez inútil, no se ha pretendido reflejar a los periodistas o a los comunicadores tal cual son, piensan o actúan, sino explicitar una imagen que de ellos mismos, de su actividad, se ha ido construyendo en los últimos años.

En el “mundo” de los periodistas se comparte en general ciertos tópicos, prácticas y pensamientos que incluyen también una imagen del “comunicador”, este nuevo vecino que ahora comparte su calle. De igual modo, el “comunicador” no ha edificado

4- <http://www.periodismosocial.net/notacompleta.cfm?id=1874>

una imagen de sí mismo sin diferenciarse del periodista, de sus creencias y prácticas tal cual las ve el propio comunicador. Así, la contraposición entre ambos extremos ha tenido un papel importante en la construcción de cada una de las identidades.

No todos los periodistas, ni siempre, piensan y actúan del modo en que se los presenta aquí y lo mismo vale para los comunicadores. De hecho será fácil poner contra ejemplos de periodistas que piensan como los comunicadores que a continuación se describen. Ignacio Ramonet se presenta a sí mismo como periodista, pero piensa, si esta descripción es aceptada, más como un comunicador. Y, como Mendoza Padilla y Pellegrino citados arriba, hay docentes universitarios que no dudan en llamarse periodistas.

Información, Estado, democracia

Está claro que para el profesor universitario citado arriba la información es primeramente un bien público al que todos los ciudadanos tienen derecho. Lo que debe hacer el comunicador es “distribuirlo” en la sociedad lo más equitativamente posible, esto es, atendiendo en especial a los que más privados están de ese “bien”. Pero los medios de comunicación, por el contrario, han concentrado ese “bien” en pocas manos, a tono con la tendencia concentradora del capitalismo.

También para la periodista Ruiz Guiñazú la información es un bien; pero, mucho antes que distribuirla, la periodista cree que tiene el deber de “producirla” porque la información no es un bien natural que esté ya dado. En efecto, los periodistas siempre se han entendido a sí mismos como productores de información, de ahí su rechazo a considerarse a sí mismos como “comunicadores”, lo que los rebajaría a meros transmisores de la información que alguien ya posee. Cualquier periodista que tome en serio su trabajo sabe que hacer periodismo es investigar. De este modo, Ruiz Guiñazú puede decir: “Creo que comunicar lo que otros han investigado es un papel muy restringido para lo que es una vocación”.

Pero si “distribuir” un bien que está inequitativamente repartido es sobre todo un deber o una obligación de justicia, “producirlo” es un desafío que alguien sólo puede afrontar si es libre. Los comunicadores aspiran a la igualdad y los periodistas, a la libertad. Está claro que esta es una simplificación pero, como se ha dicho más arriba, es sólo una primera reflexión que tiene como objetivo incentivar una discusión sobre los presupuestos ideológicos y políticos que se esconden detrás de los términos de periodista y comunicador.

Que se prime la libertad o la igualdad como valor primordial de una actividad no es anecdótico. Un comunicador convencido de que la información es un bien público que es necesario redistribuir, tenderá a dar al Estado un rol protagónico en la tarea y a desconfiar de los medios privados de comunicación y su defensa de la libertad de expresión. Pero un periodista que investiga, que produce información, podrá ver como una limitación a su libertad cualquier regulación hecha por el Estado en nombre de la redistribución. Para el comunicador, el Estado redistribuye información; para el periodista, tiende a esconderla.

Tal vez ambas posiciones hayan quedado bien claras en la Universidad Nacional de Rosario, en diferentes debates en los que participaron el decano de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Fabián Bicciré, y el periodista José Eliashev.

Durante un panel sobre la ley de radiodifusión, el decano llamó a concebir la comunicación como un bien público y recalcó el rol central del Estado.

La cuestión está en el compromiso social y político para que realmente podamos llegar a una ley de radiodifusión y que haya una política clara detrás para poder efectivamente producir los cambios en el sistema. En esto es fundamental el papel del Estado, un estado que construya consenso con las organizaciones civiles pero que tenga un papel fundamental en promover esto y en pararse ante los grupos de poder.

Pero a José Eliashev, periodista del diario Perfil, le preocupará sobre todo el poder gubernamental y sus amenazas a la libertad de expresión. A una pregunta sobre el estado actual de la democracia en el país, respondió:

Las preocupaciones institucionales, políticas, la alarma que en muchos se ha abierto respecto de la salud institucional de la Argentina... son fenómenos gravísimos que incluso atentan contra la subsistencia económica y social del país. La realidad que tenemos ante nuestros ojos, demuestra claramente un deterioro de nuestra calidad de vida democrática, una permanencia de las instituciones pero cada vez más desdibujadas y cada vez más sometidas a un poder presidencial⁵ que no necesita rendirle cuentas de nada a nadie ni siquiera al periodismo.

Donde el comunicador ve un imprescindible rol del Estado, el periodista advierte poder presidencial. Donde el periodista ve "periodismo", el comunicador denuncia grupos de poder.

Son interesantes, al respecto, los términos de la polémica en torno a los Observatorios de los Medios de Comunicación. Promocionada por las universidades públicas como un ejercicio crítico respecto de los productos de los medios, estos sólo la aceptaron en la medida en que no sean estatales, incluso si no tienen poder de sanción. Así como se trasluce en las citas de Bicciré y Eliashev, para el periodista, es la libertad de expresión la que tiene que limitar el poder del Estado; para el comunicador, es el Estado el que tiene que poner límite a los medios. El comunicador no negará la libertad, pero tenderá a verla como un privilegio de los medios y siempre le añadirá un "pero". El periodista no propondrá una sociedad sin Estado, pero querrá saber, antes que todo, sus límites.

En la misma cita de Ruiz Guiñazú se explicita otra notable diferencia de concepción entre comunicación y periodismo. Que esta actividad se entienda como producto de una vocación significa no solo que la academia con sus diplomas siempre será accesoria a la formación de periodistas, sino también que el sujeto del hacer periodístico será un "individuo", incluso por arriba del medio en el que trabaje. La firma del reportaje o de la investigación periodística sugiere que el autor de la nota es primordialmente el periodista, no el medio.

Pero el comunicador no leerá el reportaje como una obra singular del periodista, sino como el producto de un medio: en sus análisis, la originalidad que pretende haber logrado el periodista se diluirá en un mar de condicionamientos estructurales.

5- http://www.unr.edu.ar/infoblog_notas/132/

ley_de_radiodifusi_n_la_comunicaci_n_como_un_bien_social.html

6- http://www.bdp.org.ar/facultad/archivos/2006/09/pepe_eliashev.php

En este orden, para un comunicador, el sujeto de la “comunicación” ya no será esencialmente un individuo, sino un colectivo. Puede ser un medio de comunicación – al que no apetece pertenecer– o una ONG, una comunidad indígena o cualquier otra organización social, que se presentan como más aceptables para su horizonte laboral. De esta manera, un comunicador “free lance” parece una contradicción en sus propios términos, pero es una figura aceptada en el ámbito periodístico.

Por otro lado, la autoridad de la profesión del periodista es respaldada en la “vocación” que, como diría Ryszard Kapuscinski, exige dedicación a tiempo completo. El diploma que desprecia Ruiz Guiñazú es, precisamente, símbolo de lo contrario. Ningún periodista dirá que no hace su trabajo por vocación. Pero es muy raro que un comunicador hable de su vocación porque su autoridad no se legitima por una elección de vida, sino a veces por la apropiación de una “ciencia” que juzga los medios desde una nueva objetividad y otras por el rol social que se atribuye en su desempeño en una ONG o comunidades marginales.

No es que esta visión que tienen los periodistas de sí mismos incluya un desprecio por el conocimiento; por cierto lo valoran, pero prefieren el que se consigue por la exigencia de vida de la redacción, como diría García Márquez, no el que se lee en los claustros académicos, que tiende a vérselo como desconectado de la realidad.

Es posible destacar otro matiz sobre los ámbitos en los que desempeñan su profesión. El periodista entenderá el medio en el que trabaje como una compleja maquinaria que le permite producir y transmitir la información, si bien con presupuestos ideológicos y económicos que lo llevarán a publicar determinada información y a descartar otra. El comunicador, en cambio, ingresará en una ONG, fundación o comunidad cuyos proyectos, objetivos o identidad tratará de poner en diálogo en una sociedad. Para el periodista, la información que debe hacer circular está “fuera” del medio en el que trabaja. Pero el comunicador entiende que el colectivo en el que se desempeña no es simplemente una “forma”, sino un contenido que tiene que hacer significar dentro del proceso de la comunicación.

En este punto, ya es necesario también comenzar a distinguir dos tipos de comunicadores: estará el que salga a la calle para “hacer” comunicación y busque ONG y organizaciones para trabajar y estará el que prefiera hacer ciencia de las comunicaciones y se oriente hacia una carrera académica.

Este último perfil del comunicador tendrá aún mayores diferencias con la imagen que los periodistas tienen de sí mismos. Si estos últimos creen que su objeto de investigación es prioritariamente el poder político que frecuentemente oculta información, el comunicador pone como objetivo principal de estudio los periodistas y sus medios, a quienes precisamente sospecha de distorsionar la realidad o acusa de “construir” una según su particular ideología.

El periodista no desea hacer “ciencia”, ni aspira a hacer exposiciones en congresos. Si lo hace, guardará en un cajón del escritorio el certificado respectivo. Sus mayores aspiraciones –y mejores según García Márquez– son las de escribir un buen reportaje que, con un buen título, mañana mismo tenga impacto en la opinión pública. En cambio, el comunicador que opta por una carrera universitaria se tomará su tiempo, elaborará monografías, comenzará su trabajo exponiendo objetivos y metodologías, abundará en citas académicas y cuidará su currículum.

Nuevos maestros de la sospecha, los comunicadores siempre advertirán la “mercantilización de la información” detrás de las noticias que a diario propagan los

medios y denunciarán los condicionamientos que les imponen sus anunciantes; los periodistas, en cambio, pensarán que la información más significativa para los ciudadanos se vierte a diario en el formato de la noticia y aceptarán, como un presupuesto indispensable, la publicidad en las páginas de sus diarios. Un comunicador se pondrá en general en la vereda de enfrente del capitalismo y verá a los medios como sus más eficaces vanguardias; un periodista no encarará una lucha contra el capitalismo, pero apostará, en el mejor de sus casos, a que su trabajo haga retroceder sus injusticias.

De lo dicho hasta aquí, alguien podría ubicar a los comunicadores en la izquierda política y a los periodistas en la derecha. La deducción tendrá la enorme dificultad de definir qué es derecha y qué izquierda, tarea tan extensa y compleja como ajena a este artículo. De todos modos, en este juego de construcción de imágenes de uno mismo y del contrario, un comunicador tenderá a ver a un periodista en el campo de la derecha, y un periodista al comunicador siempre en el campo de la izquierda.

No pueden dejarse de lado otras distancias políticas de los paradigmas de la comunicación y del periodismo. Ya se han señalado al ponerse de manifiesto la diferente actitud frente al Estado; es posible resaltar los diferentes significados que suelen dar al término “democracia”.

Los periodistas aún creen en los ideales de la modernidad: la convergencia de conocimiento y libertad. Y si alguna vez la experiencia les demuestra que los bienes que acarrea la libertad de expresión no son evidentes, pensarán con Alexis de Tocqueville, que al menos evitará el mayor de los males: el despotismo⁷.

En cambio los comunicadores verán justificado su rol en el contexto de una tradición sustancialmente crítica a los ideales de la modernidad. Con Ignacio Ramonet, por ejemplo, descreerán del principio moderno de que a mayor información, mayor libertad.

La libertad ganó. Tenemos todas las informaciones, estamos en la era de Internet que nos permite acceder a todas ellas. Estamos en una fase de superabundancia. ¿Ha aumentado mi libertad? En la realidad, se puede constatar que no aumenta y que lo que se incrementa en esta época es la confusión.⁸

Nutridos de tan diferentes tradiciones filosóficas, ambos paradigmas se pronunciarán a favor de la democracia, pero la entenderán de muy diferente modo.

Para el comunicador, la democracia estará estrechamente vinculada a los términos de distribución e igualdad. Utilizará frecuentemente el adjetivo “verdadera” para dejar en claro que, mientras no haya una equitativa distribución de bienes –incluido obviamente el de la información– no habrá verdadera democracia. También entenderá democracia como un ejercicio periodístico por el que las mayorías eligen gobierno. Aspirará, como se ha citado anteriormente, a una “democracia comunicacional”.

Un periodista, en cambio, preferirá hablar de democracia republicana, esto es, el sistema político que no sólo prevé elecciones periódicas, sino que también pone límites al ejercicio del poder político. Uno de esos límites es justamente el periodismo, al que el poder presidencial debería rendirle cuentas, como desea Eliashev. El ejercicio de la libertad de pensamiento y expresión, a su juicio, es el primer signo de la salud o la debilidad de la democracia.

7- DE TOCQUEVILLE, Alexis (2005): *La democracia en América*, México, F.C.E., p. 198 y siguientes.

8- RAMONET, Ignacio (1998): *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Temas en Debate, p. 54.

Nuevamente dentro del juego de imágenes sobre uno y otro, el comunicador sospechará de la democracia que defiende el periodista y podrá llegar a hablar de la “dictadura” de los medios. El periodista, a su vez, descreerá de los objetivos igualitarios del comunicador, y lo acusará de invocar al absolutismo.

En este clima de ideas, difícilmente los periodistas incorporarán en su tarea las herramientas más científicas de la comunicación social, si no para renunciar a sus tareas de producir información e investigar el poder político, al menos para mejorar la divulgación de sus trabajos y hacer un ejercicio de autocrítica de su profesión y de los medios en que trabajan. Y sólo un sustancial cambio de mirada permitirá a los comunicadores comenzar a valorar positivamente el periodismo de investigación, incluso el que se hace en medios privados que cobran publicidad, como voz fundamental de una diversidad informativa indispensable para la convivencia democrática.

¿Deben las universidades dedicarse de ahora en más exclusivamente a la formación de comunicadores? ¿Es ya insalvable la distancia entre el paradigma del periodismo y el paradigma de la comunicación? Son algunas de las tantas preguntas, ya no sólo para las universidades y los medios sino para toda la sociedad, cuya convivencia dependerá en gran parte de sus respuestas.

Bibliografía

- DE TOCQUEVILLE, Alexis (2005): *La democracia en América*, México, F.C.E., p. 198 y siguientes.
- GARGUREVICH, Juan (1997): “Hacia nuevas maneras de enseñar y aprender el periodismo”, en ENTEL, Alicia (Comp.) *Periodistas: entre el protagonismo y el riesgo*, Buenos Aires, Paidós.
- HALPERÍN, Jorge (2007): *Noticias del poder. Buenas y malas artes del periodismo político*, Buenos Aires, Aguilar.
- KAPUSCINSKI, Ryszard (2007): *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona, Anagrama.
- MENDOZA PADILLA, Miguel y Laura PELLEGRINO (2007): “Entre el Oficio y la Academia: una conciliación necesaria”, en *Periodismo de calidad: debates y desafíos*, Buenos Aires, Foro de Periodismo Argentino, La Crujía Ediciones.
- RAMONET, Ignacio (1998): *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Temas en Debate, p. 54.
- SANTORO, Daniel (2004): *Técnicas de Investigación. Método desarrollado en diarios y revistas de América Latina*, México, F.C.E.
- VERNAZZA, Carlos (2004): *El periodismo, esa pasión*, Buenos Aires.